

La Palabra de Dios, fuente viva de la misión evangelizadora, al servicio de la contemporaneidad de Jesucristo

Juan Carlos Carvajal Blanco

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

(C/ JERTE, 10 - 28005 MADRID)

RESUMEN La Iglesia está llamada a ser signo de la presencia de Jesucristo e instrumento de su salvación en medio del mundo. Así, la misión evangelizadora se enfrenta al reto de servir la contemporaneidad de su Maestro y Señor y de acompañar la fe de sus discípulos. De la mano de la doctrina conciliar, el artículo reflexiona sobre la trama por la que el Espíritu, a través de la Tradición y de la Sagrada Escritura y el servicio del Magisterio a la verdad, teje la presencia de la Palabra de Dios en la vida y misión del Pueblo de Dios.

PALABRAS CLAVE Contemporaneidad de Cristo, Sagrada Escritura, Tradición, Pueblo de Dios.

SUMMARY *The Church has been called to be a sign of the presence of Christ and an instrument of his salvation in midst of the world. As so, the missionary activity faces the challenge of serving the contemporaneity of its Teacher and Lord and of accompanying the faith of his disciples. In hand with the conciliar doctrine, the article reflects on the plot by which the Spirit through Tradition and Holy Scripture, under the service of the truth of the Magisterium, weaves the presence of the Word of God in the life and mission of the People of God.*

KEYWORDS *Contemporaneity of Christ, Holy Scripture, Tradition, People of God.*

I. EXPLICITAR EL EJE VERTEBRADOR DEL SER Y LA MISIÓN ECLESIAL

Queda muy atrás la afirmación por la que san Pablo VI concentraba el ser y la misión de la Iglesia en una sola palabra: “evangelizar”.

Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda¹.

Esta concentración implica, por un lado, una visión holística de la evangelización y, por otro, la participación de todos los bautizados en la misión de la Iglesia. En efecto, para Pablo VI, el termino evangelización tiene un significado muy rico por el que se integran, en complementariedad y enriquecimiento mutuo, la gran variedad de elementos que constituyen la vida y misión eclesial (cf. EN 24). Pero, además, en el surco del Vaticano II, en el que se sancionó una teología del Pueblo de Dios y, más en concreto, del laicado, contempla la participación de todos los bautizados en dicha misión evangelizadora: “La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del Pueblo de Dios” (EN 59, con cita de AG 35).

No cabe duda, de que *Evangelii Nuntiandi*, carta magna de la evangelización, ha dejado sentir su influencia beneficiosa hasta nuestros días². Basta recordar la estima que el papa Francisco manifiesta a este documento y cómo ha querido hacerse eco de él en su exhortación programática *Evangelii Gaudium*³. No obstante, esta visión holística de la evangelización –en contra de su intención– ha llevado a dar por supuesto el fundamento de la vida eclesial y a debilitar el eje articulador de su actividad. La lógica es la siguiente: si la evangelización es la razón de ser de la Iglesia y constituye su identidad más profunda; entonces todo lo que hace la Iglesia es expresión de su ser y cumple con su misión evangelizadora. En realidad, a partir de esta precomprensión, todo se da por supuesto: las comunidades cristianas están evangelizadas –condición necesaria para ser evangelizadoras–, y se presume que cualquier actividad eclesial, de por sí, está al servicio del Evangelio.

1 PABLO VI, “Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*” (8-XII-1975) (=EN): AAS 68 (1976) 5-76, nº 14.

2 Sobre esta influencia y las diversas modulaciones que la noción de evangelización ha desarrollado en los documentos mayores del Magisterio postconciliar cf. J. C. CARVAJAL BLANCO (coord.), *La misión evangelizadora de la Iglesia* (Madrid 2016), con abundante bibliografía.

3 Entre otras declaraciones es significativa la expresada por el papa Francisco en su *Discurso a los participantes del Congreso internacional con ocasión del 40 aniversario de la III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano en Puebla* (3-X-2019). https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/october/documents/papa-francesco_20191003_celam.html

1. EVANGELIZAR CONSISTE EN REALIZAR LA *TRADITIO EVANGELII*

Decir que Jesucristo es el fundamento y el eje vertebrador del ser y la misión eclesial parece una obviedad; sin embargo, conviene recordarlo. De hecho, el Magisterio posconciliar ha insistido este punto. El que nosotros también lo hagamos no solo orientará nuestra reflexión, sino también indicará el último extremo sobre el que la actividad teológico-crítica de la teología de la evangelización debe centrar su atención y prestar su servicio.

El término *evangelización* tiene un significado muy rico (EN 24). En sentido amplio, resume toda la misión de la Iglesia: toda su vida, en efecto, consiste en realizar la *traditio Evangelii*, el anuncio y transmisión del Evangelio, que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (*Rm* 1, 16) y que en última instancia se identifica con el mismo Cristo (*1 Co* 1, 24). Por eso, la evangelización así entendida tiene como destinataria toda la humanidad. En cualquier caso, *evangelización* no significa solamente enseñar una doctrina sino anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, o sea, hacerse instrumento de su presencia y actuación en el mundo⁴.

Este texto de la Congregación para la Doctrina de la Fe manifiesta que la evangelización “consiste en realizar la *traditio Evangelii*”; es decir, en anunciar y transmitir el Evangelio que “en última instancia se identifica con el mismo Cristo”. Más aún, afirma que por la evangelización la Iglesia, se hace “instrumento de su presencia y actuación en el mundo”. En efecto, la acción evangelizadora de la Iglesia está al servicio de la presencia de Cristo que, en virtud de su Pascua, atraviesa la historia de la humanidad, de modo que los hombres de cualquier tiempo y lugar pueden encontrarse con su persona y hallar la senda por la que acceder a la plenitud a la que Dios les llama y sus corazones anhelan.

4 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización* (3-XII-2007) 2. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20071203_nota-evangelizzazione_sp.html. Por lo demás, si en última instancia el Evangelio se identifica con el mismo Cristo, algo semejante hay que decir de la Palabra. La Palabra por excelencia es Cristo, el Verbo encarnado, cf. BENEDICTO XVI, “Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*” (22-II-2010) (=VD): AAS 102 (2010) 681-787, 11-13. Cf. S. PIÉ-NINOT, “Teología de la Palabra de Dios”: *Gregorianum* 89 (2008) 347-395.

Aquí, para que se dé una evangelización cumplida, es determinante el encuentro con Jesucristo. De hecho, el Magisterio postconciliar ha insistido sobre este punto. Sin ánimo de ser exhaustivo, traemos algunas referencias más significativas. Ya ante el fenómeno creciente del ateísmo, el Concilio observaba como remedio que la Iglesia hiciera “presente y casi visible a Dios Padre y a su Hijo encarnado, renovándose y purificándose sin cesar bajo la guía del Espíritu Santo” (GS 21). Por su parte, san Juan Pablo II puso de manifiesto que hacer ver a Cristo es, justamente, lo que, al alba del tercer milenio, sus contemporáneos demandan a la Iglesia:

Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”. ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?⁵.

Semejante idea, pero esta vez enunciada como condición *sine qua non* para ser cristiano, la expresó Benedicto XVI en su primera encíclica: se comienza a ser cristiano “por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello, una orientación decisiva”⁶. Tan luminosa ha sido esta formulación que el propio papa Francisco la ha hecho suya en *Evangelii gaudium*⁷ y ha invitado a cada cristiano “a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día son descanso” (EG 3). La razón de esta insistencia la indica unos números más adelante, en ese encuentro se halla “el manantial de la acción evangelizadora” (EG 8). En efecto, si la Iglesia desea ser fiel al mandato misionero recibido de su Señor y acometer una nueva etapa evangelizadora (cf. EG 1,17) caracterizada por la conversión misionera de toda la pastoral (cf. EG 25-33), los bautizados han

5 JUAN PABLO II, “Carta apostólica *Novo millennio ineunte*” (6-I-2001): AAS 93 (2001) 266-309, 16.

6 BENEDICTO XVI, “Carta encíclica *Deus caritas est*” (25-XII-2005): AAS 98 (2006) 217-252, 1.

7 Cf. FRANCISCO, “Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*” (24-XI-2013) (=EG): AAS 105 (2013) 1019-1137, 7.

de partir constantemente de este –llamamos– *big bang* que es el encuentro con su Maestro y Señor resucitado⁸.

2. LA CONTEMPORANEIDAD DE JESUCRISTO

Basten estas indicaciones para justificar la necesidad de *poner en el centro de nuestra reflexión la contemporaneidad de Jesucristo* y subrayara la relación personal y vital con su Palabra (cf. VD 51). En efecto, si nuestros coetáneos demandan ver a Jesucristo y en el encuentro con él radica la condición para ser cristiano y, además, es el origen y el impulso del dinamismo misionero de la Iglesia; entonces la teología de la evangelización esta imperiosamente confrontada con la tarea de reflexionar sobre la condición de esa contemporaneidad. En nuestra opinión, esta disciplina está llamada a estudiar las condiciones por las que la Iglesia, bajo el impulso del Espíritu, sirve la presencia de quien es su Señor y se ha revelado como el Salvador y salvación de los hombres, unas criaturas llamadas a participar de la plenitud de vida de la divina Trinidad.

A pesar de la evidencia que brota de la fe cristiana y de la insistencia del Magisterio postconciliar al respecto, hoy la tarea evangelizadora corre “el riesgo de pensar y de vivir un cristianismo sin Jesús”⁹, y, más concretamente, sin la referencia al Misterio divino-salvífico que en él se hace presente¹⁰. Así es, actualmente, tal y como insiste el papa Francisco, existe una verdadera tentación de hacer del cristianismo una reducción bien sea gnóstica bien pelagiana (cf. EG 94)¹¹ que apenas se interesa por Jesucristo y su salvación.

8 Sobre este punto cf. J. C. CARVAJAL BLANCO, *Evangelizadores al servicio del Espíritu* (Madrid 2018) especialmente el capítulo 1: “Evangelizadores con Espíritu: discípulos en la misión de Jesús”, 15-46.

9 Cf. R. SALA, “La fuerza y la forma del Evangelio”, en: Id. (con A. BOZZOLO y R. CARELLI), *Pastoral juvenil: Evangelización y educación de los jóvenes. Manual teórico-práctico* (Madrid 2019) 23-37, 27-30.

10 Es una evidencia que la concentración cristológica postconciliar no está exenta de dificultades, primero por el rechazo que sufre, cf. ELOY BUENO DE LA FUENTE, *¿Cristianofobia? La polémica anticristiana, tan antigua y tan nueva* (Burgos 2012). Y después por las distorsiones que padece cf. G. URRIBARRI, *La singular humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea* (Madrid 2008); también, J. A. SÁNCHEZ ORTIZ, *El valor de la humanidad de Jesucristo. Clave de la interpretación del Concilio de Calcedonia en algunas Cristologías del siglo XX* (Roma 2019).

11 El Papa ha ampliado su análisis en su exhortación sobre la santidad: FRANCISCO, “Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*” (19-III-2018) (=GE), AAS 110 (2018) 1111-1161, 35-62. Para profundizar en los aspectos doctrinales, cf. CONGREGACIÓN PARA

Ambas tentaciones son la manifestación de “un inmanentismo antropocéntrico” que, además de “desvirtuar el cristianismo”, impide que brote “un auténtico dinamismo evangelizador” (*ibid.*).

Para hacer justicia a la novedad del cristianismo y, por tanto, a la misión eclesial, y urgidos por la problemática señalada, consideramos que el servicio a la contemporaneidad de Jesucristo es el foco a partir del cual se ha de comprender la teología de la evangelización. Por lo demás, esta opción no debería suponer una especial novedad. Sin embargo, dado los desafíos a los que hoy se enfrentan la Iglesia parece fundamental considerar en ella la clave para reunir las comunidades cristianas, alentar la fe de sus miembros y, con la parresia del Espíritu, dar un nuevo impulso a la misión del Evangelio que actualmente reclama la nueva etapa evangelizadora.

Nuestro trabajo se enmarca en una Jornada de estudio que lleva por título “La Sagrada Escritura, ‘alma de toda la teología’”, por tanto, en nuestra reflexión la Escritura Santa no puede estar ausente. Sin embargo, ya adelantamos que *nuestro foco de atención se dirigirá a la Sagrada Tradición*. Es por esta que la presencia de Jesucristo se mantiene viva y actual en la Iglesia, Pueblo de Dios, y es en su seno donde la Sagrada Escritura es reconocida como don del Espíritu, luminoso y crítico. En el seno de la Tradición, la palabra de Dios escrita es acogida en la fe, permite discernir cristológicamente la vida eclesial e imprime en ella la capacidad de testimoniar y transmitir el Evangelio de Jesucristo.

Para profundizar en este planteamiento nuestro estudio va a avanzar en tres pasos. En un primer momento, de carácter introductorio, nos acercaremos a la comprensión que de la revelación tiene el Concilio; aquí la Constitución *Dei Verbum*, capítulo I: “Naturaleza de la revelación”, será nuestra fuente. Sobre esta base, nuestra atención se dirigirá al capítulo II: “Transmisión de la revelación divina”. Tras una primera lectura comprensiva del contenido de este capítulo, y de la mano de otros textos conciliares, nuestro estudio profundizará en el papel que el Pueblo de Dios, junto con sus pastores, tiene en la actualización del acontecimiento cristiano, en cuanto Palabra revelada. Nuestro trabajo concluirá indicando cómo el carácter teologal de la actividad

LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Placuit Deo* (22-II-2018) https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20180222_placuit-deo_sp.html

evangelizadora determina el carácter teológico de la materia que reflexiona sobre ella.

II. LA REVELACIÓN COMO AUTOCOMUNICACIÓN DE DIOS Y OFERTA DE COMUNIÓN CON EL HOMBRE

Ya quedó atrás una comprensión de la revelación como un cuerpo de verdades que exceden la capacidad cognitiva natural del hombre y que Dios se las revela para que por la fe acceda a la salvación. Apoyado en el testimonio bíblico y en el surco de la tradición, la constitución *Dei Verbum* ha sancionado una noción de revelación personalista y relacional que determina de un modo extraordinario la de la evangelización. En efecto, entre ambas existe una relación de tipo ontológico que en palabras del profesor Bozzolo puede definirse en los siguientes términos: “la acción evangelizadora encuentra en la revelación no solo su propio inicio, sino más radicalmente su origen permanente y, por esta razón, lleva inscritos en ella misma los caracteres constitutivos”¹². En efecto, aunque la revelación de Dios ha acontecido en la historia, este acontecimiento único para la salvación de los hombres no queda sumido en el pasado; *le es constitutiva su pervivencia a lo largo de los siglos*, para que todos los hombres puedan entrar en contacto y decidirse ante él. Esta afirmación justifica que nuestro estudio parta de la noción de revelación del Vaticano II y digamos una palabra sobre la actividad de las Personas divinas; ya que esto determina la actividad evangelizadora de la Iglesia y, por tanto, la materia que la estudia.

1. LA CENTRALIDAD DE JESUCRISTO, EL VERBO ENCARNADO, EN LA REVELACIÓN

El capítulo I de *Dei Verbum* trata sobre la naturaleza de la revelación, la cual es presentada como la automanifestación de Dios para la salvación del

12 A. Bozzolo, “La evangelización: las dimensiones constitutivas de la misión eclesial”, en: SALA, *Pastoral juvenil: Evangelización y educación de los jóvenes*, 39-72, aquí 42.

hombre¹³. Así es, Dios, sin necesidad alguna, por pura bondad y sabiduría, ha querido revelarse a sí mismo (*seipsum revelare*), y lo ha hecho tratando a los hombres como amigos y con el fin de invitarlos y recibirlos en su compañía (cf. DV 2). Este plan de salvación, previsto por Dios desde toda la eternidad (cf. LG 2; AG 2), es realizado por Cristo, la Palabra hecha carne (cf. LG 3; AG 3), y por el Espíritu Santo (cf. LG 4; AG 4), para que, bajo la acción de las Personas divinas, los hombres respondan al amor del Padre y lleguen a participar de su naturaleza divina (cf. VD 6.20).

A diferencia del Vaticano I, la doctrina de *Dei Verbum* sobre la revelación se desarrolla a través de una *concentración cristológica* (cf. VD 11-14)¹⁴. En efecto, Jesucristo es presentado como el Hijo de Dios, la Palabra eterna por la que el universo es creado y conservado y por la que Dios “fue preparando a través de los siglos el camino de la Evangelio” (cf. DV 3). La Palabra que, además de iluminar la conciencia de todo hombre, se hizo carne para ser “hombre enviado a los hombres” y poder *–al modo humano–* comunicarles las palabras de Dios y realizar la obra de salvación (cf. DV 5. 13). El Concilio confiesa que *Jesucristo mismo es la Palabra revelada* (cf. DV 1). Él, “con su presencia y manifestación, con sus palabras y sus obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío de su Espíritu” (DV 4), es el *mediador y plenitud de toda revelación* (cf. DV 2), de tal modo, que verle a Él es ver al Padre. Además, “confirma con testimonio divino” que, en Él, *Dios mismo es la salvación de los hombres*, pues su presencia en medio de la humanidad los libera del poder del pecado y de la muerte y los hace partícipe de la vida eterna (cf. DV 4).

Para *Dei Verbum*, “la revelación es intrínsecamente salvífica; y la salvación acontece por revelación, por el don y la comunicación que Dios hace de

13 Sobre el proceso redaccional, los diferentes esquemas y las aportaciones de los peritos ver el amplio estudio de A. M^o. NAVARRO LECANDA, “Evangelii Traditio” *Tradición como Evangelización a la luz de Dei Verbum I-II* (Vitoria–Gasteiz 1997). Para una visión sintética cf. B.-D. DUPUY, “Historia de la constitución”, en: *ib.*, *La Revelación divina. Constitución Dogmática “Dei Verbum”* (Madrid 1070) 59-132; también G. RUIZ, “Historia de la constitución ‘Dei Verbum’”, en: L. A. SCHÖKEL (dir.), *Comentarios a la constitución Dei Verbum sobre la divina revelación* (Madrid 1969, reedición 2012) 3-121, se amplía el análisis en el resto de los trabajos de este volumen.

14 Cf. Sigue siendo fundamental el comentario de H. DE LUBAC, *La Révélation divine* (Paris 31983). Primera versión y traducción de este texto en: “Comentario al preámbulo y al capítulo primero”, en: DUPUY, *La Revelación divina*, 181-367. También G. URIBARRI BILBAO, “Jesucristo, mediador y plenitud de toda la revelación”, en: A. DEL AGUA PÉREZ, *Revelación, Tradición y Escritura. A los cincuenta años de la Dei Verbum* (Madrid 2017) 80-118.

sí mismo”¹⁵. Por esta razón, su contenido no puede reducirse a unas doctrinas que orientan la vida ni tampoco a unas normas que regulan la existencia y por cuyo cumplimiento el hombre puede alcanzar su salvación. Jesucristo es el revelador y el revelado; porque, en realidad, *la revelación es la entrega que el Padre hace de su Hijo* –la *parádoxis* griega–, en la que está contenido todo cuanto al hombre le cabe esperar y Dios, en su infinita bondad, ha prometido al hombre (cf. Rm 8,31-32)¹⁶. Jesucristo, antes que dar algo, *se entrega a sí mismo* por nosotros (cf. (Ef 5,2.25) y así *transmite* –hace tradición– la vida divina, que le es propia por ser el Hijo de Dios (cf. Jn 5,26; 17,2)¹⁷. En el encuentro con Cristo, todo cristiano puede hacer suyas las palabras de Pablo: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se *entregó* por mí” (Ga 2,20). En última instancia, la transmisión de la revelación, por parte de la Iglesia, es *la entrega de la vida divina* que con su encarnación y su pascua nos ha alcanzado el Hijo de Dios (cf. DV 8a).

2. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU Y LA RESPUESTA DE FE

De acuerdo con la voluntad salvífica universal de Dios, la vida divina que nos ha logrado Cristo debe alcanzar a toda la humanidad (cf. 1 Tm 2,3-7). Para hacer efectivo este don, Cristo envía desde el Padre el Espíritu Santo (cf. AG 4, LG 4, VD 15-16). El capítulo I de la *Dei Verbum* apenas menciona la obra por la que la Tercera persona de la Trinidad actualiza y universaliza la revelación. Sin embargo, no la ignora, pues “la comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes

15 URIBARRI BILBAO, “Jesucristo, mediador y plenitud de toda la revelación”, 91.

16 Para ampliar este punto remitimos a P. LENGSELD – C. SOLTERO, “La Tradición según la Escritura”, en: SCHÖKEL, *Comentarios a la constitución Dei Verbum*, 231-243, lo cual es un resumen de los capítulos principales de P. LENGSELD, *Überlieferung. Tradition und Schrift in der evangelischen und katholischen Theologie der Gegenwart* (Paderborn 1960). También se puede consultar del mismo autor “La Tradición en el periodo constitutivo de la revelación” y “Tradición y Sagrada Escritura: su relación”, en: J. FEINER – M. LÖHRER, *Mysterium Salutis*, Vol. I, T. I (Madrid 1969) 287-337, 522-556.

17 “En la cruz, Jesús es el entregado que al mismo tiempo se entrega a sí mismo. Él es el agente, acto y contenido de la tradición [...] La cruz y la resurrección son, por eso, *la tradición* [*Überlieferung*] por antonomasia. Como tal, constituyen el fundamento, contenido y paradigma de toda tradición cristiana” (W. KASPER, *Evangelio y dogma. Fundamentación de la dogmática* [Cantabria 2017] 477-582, aquí 531).

Ireneo de Lyon llamaba precisamente ‘las dos manos del Padre’” (VD 15). La constitución indica que no solo por el Verbo encarnado, sino también por la acción del Espíritu Santo los hombres pueden participar de los frutos de la comunicación divina: “llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina” (DV 2). Más adelante, en el número 4, manifiesta que, junto a la Pascua, “el envío del Espíritu la verdad” es el que lleva a plenitud la revelación y la confirma con testimonio divino. Ahora bien, donde se reconoce el protagonismo del Espíritu es en el número 5, donde se trata de la respuesta de fe.

Resulta significativo que este párrafo esté incluido en el capítulo cuyo objeto es la naturaleza de la revelación. En realidad, desde una noción relacional, *no puede haber revelación sin que el hombre la acoja en un acto de fe* que compromete su libertad (cf. VD 22-28). Ante un Dios que se dona y se ofrece como su herencia consumada, el hombre no puede acceder a ese don hasta que, a su vez, no se implique personalmente. En términos de *Dei Verbum*, hasta que haga “entrega entera y libremente” de sí y ofrezca “el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela”. Es evidente, que en esta interlocución entre Dios y el hombre existe un desfase ontológico, ¿cómo es posible que la criatura pueda recibir y dar la respuesta debida a su Creador? Es preciso que sea el propio Dios el que cree en el hombre las condiciones necesarias.

Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad (DV 5).

Como recuerda De Lubac¹⁸, la redacción de este párrafo no estuvo exenta de dificultades. Daba la impresión de que existía una redundancia entre “la gracia de Dios, que se adelanta y ayuda” y “el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón”. En realidad, estas dos afirmaciones ni son redundantes ni han de ser vistas yuxtapuestas. Más bien, son complementaria y caracterizan la actividad del Espíritu por la que es posible la transmisión–aco-

18 Cf. DE LUBAC, *La Révélation divine*, 120-127; traducción española 305-313. Por nuestra parte, hemos profundizado en la acción antecedente del Espíritu en la evangelización en: CARVAJAL BLANCO, *Evangelizadores al servicio del Espíritu*, capítulo 2: “Una evangelización al servicio del Dios vivo”, 47-74, particularmente 55-63.

gida de la revelación. No cabe duda, como veremos más adelante, que esto determina de un modo importante la actividad evangelizadora de la Iglesia. Digamos una palabra:

- Bajo la primera expresión: “*la gracia de Dios*” –que no puede dejar de estar vinculada al Espíritu Santo–, se recogen esas ayudas exteriores por las que Dios se adelanta y, a modo de “preparación evangélica” (cf. LG 16; GS 40; AG 2), dispone a los hombres al encuentro con Jesucristo. Aquí hay que considerar tanto “las semillas de la Palabra” (cf. GS 10-11.22.26.38.41.92-93; AG 3.11.15) como lo que se refiere a los “signos de los tiempos” (cf. GS 4.11.44), por los cuales, “el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual [el de Cristo]” (GS 22). De un modo diverso, también se ha de integrar la actividad evangelizadora de la Iglesia por la que, en medio de los pueblos, testimonia el acontecimiento cristiano (cf. AG 4).
- Por su parte, “*el auxilio interior del Espíritu Santo*” se refiere a esa acción del Espíritu en la profundidad del hombre, allí donde radica su conciencia y se pone en juego su libertad y en donde está impelido a tomar una decisión que le define ante Dios. Fiel a la tradición, *Dei Verbum* indica que todo movimiento del corazón humano en orden a la conversión y a la fe es iniciado y alentado por el Espíritu Santo. Es Él el que activa en el hombre su capacidad divina, le ilumina, le eleva sobre sí mismo y le concede la gracia para que “con gusto pueda aceptar y creer la verdad”. Es decir, pueda reconocer la revelación de Jesucristo, acoger la nueva vida que en y por Él se procura y dar la respuesta debida por la fe.

En la revelación cristiana, hay una *continuidad entre la obra del Hijo y la acción del Espíritu* que el resucitado envía desde el Padre; de hecho, el Espíritu es el fruto consumado de la entrega de Jesús en la cruz (cf. Jn 19,28; 20,21-23)¹⁹. Aquí, son significativos los textos de san Juan en los que Jesús anuncia la promesa del Paráclito. El Espíritu es el enviado por el Padre en

19 Cf. L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción* (Burgos 2013); también G. URIBARRI BILBAO, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta* (Cantabria, 2017), especial el capítulo: “¿Fue Jesús un místico? El Espíritu en y sobre Jesús”, 91-122.

su nombre (cf. Jn 14,16,26) o el que el propio Jesús envía desde el Padre (cf. Jn 15,26; 16,14). Si Jesús entrega su Espíritu es para que dé testimonio de Él a sus discípulos (cf. Jn 15,26), los lleva a la verdad plena (cf. Jn 16,13) y les otorgue la vida que el mismo ha recibido (cf. Jn 16,15). En pocas palabras, el Espíritu que Jesús envía desde la gloria del Padre glorificará a Jesús al hacer partícipes de dicha gloria a quienes acogen su testimonio. Es imposible concebir la transmisión de la revelación sin la acción preveniente y eficaz del Espíritu de Cristo. *El Espíritu es el alma de la Iglesia evangelizadora* (cf. EN 75). Su actividad es la condición para que la misión eclesial pueda transmitir-entregar la vida que Cristo ha logrado del Padre en favor de la humanidad.

III. LA TRADICIÓN COMO EL RIO VIVO POR EL QUE FLUYE LA REVELACIÓN

Dios ha querido que lo que había revelado para la salvación de todos los pueblos se conservara por siempre y fuera transmitido a todas las edades (DV 7).

El acontecimiento salvador no ha quedado sumido en el pasado ni tampoco permanece como mera noticia; sino que Dios mismo vive entre los hombres obrando su salvación (cf. DV 4a). Por esta razón, la actividad evangelizadora de la Iglesia no se yuxtapone a la acción de las Personas divinas; sino que se inserta en ella para testimoniarla y servir su actualización: “la Iglesia es inseparable de la *misión del Hijo* (cf. AG 3) y de la *misión del Espíritu Santo* (cf. AG 4) porque constituye una sola economía de la salvación”²⁰. Esto quiere decir que la vida divina que Cristo ha logrado para la humanidad y el Espíritu va derramando a lo largo de los tiempos fluye –aunque la desborda– por la Iglesia; y ella, como Pueblo de Dios, la sirve para que alcance a todos los hombres con independencia de su nación.

En el capítulo II, *Dei Verbum* trata sobre la “transmisión de la revelación divina” en la Iglesia. Unas palabras del Benedicto XVI orientan nuestra lectura del texto y ofrecen un terreno firme para nuestra reflexión:

20 PONTIFICIO CONSEJO PARA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (=DC) (Madrid 2020) 22.

la Tradición no es transmisión de cosas o de palabras, una colección de cosas muertas. La Tradición es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad. Y al ser así, en este río vivo se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor que hemos escuchado al inicio de labios del lector: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (*Mt 28,20*)²¹.

1. LA VIDA DE CRISTO ACTUALIZADA EN LA MISIÓN

Si Cristo ha venido para dar vida y darla en abundancia (cf. *Jn 10,10*), la Tradición no puede ser reducida a un depósito de enseñanzas y mandatos, sino que debe ser contemplada como una realidad viva por la que Jesucristo, Palabra de Dios, revela su presencia y promueve la implicación de aquellos que la acogen en la fe (cf. *VD 17*). *Dei Verbum*, justamente, tiene un gran interés por presentar la Tradición como algo vivo. Una lectura de algunos de sus números lo manifiesta²²:

para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia... (*DV 7*).

Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite... (*DV 8a*).

Las palabras de los Santo Padres atestiguan la presencia viva de esta Tradición, cuyas riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora [...] así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia (*DV 8c*).

21 BENEDICTO XVI, “La Tradición, comunión en el tiempo” (26-IV-2006), en: *Sobre el fundamento de los Apóstoles. Catequesis del papa Benedicto XVI sobre la experiencia y misión de los Apóstoles* (Madrid 2007) 39-43, aquí 43.

22 L. A. SCHÖKEL, “El dinamismo de la Tradición”, en: *Id.*, *Comentarios a la constitución Dei Verbum*, 266-310, aquí 276. También J. FEINER, “Revelación e Iglesia. Iglesia y Revelación”, en: FEINER – LÖHRER, *Mysterium Salutis*, Vol. I, T. II, 577-624; igualmente, CH. THEOBALD, “Dans les traces...” de la constitution “*Dei Verbum*” du concile Vatican II (Paris 2009), especialmente 35-55.

La vida tiene poder para engendrar vida y se conserva al ser transmitida. La Iglesia está llamada a transmitir a todas las edades lo que es –esa vida nueva de Cristo que le constituye– y lo que cree (cf. DV 8a). Por esta razón, *Dei Verbum* contempla la misión de la Iglesia como un acto de entrega-transmisión en la que los receptores se convierten a un tiempo en transmisores. Así, según Schökel, el capítulo II traza “*el gran arco de la transmisión*”:

El Padre envía al Hijo, el Hijo envía a los apóstoles, los apóstoles envían a los obispos, y toda la Iglesia recibe y transmite, caminando hacia el Padre. Cristo entrega su vida por la Iglesia y a la Iglesia entrega su Espíritu; y el Espíritu hace que la Iglesia reciba y transmita la vida de Cristo hacia la plenitud²³.

Analícemos, por un instante, de qué modo es transmitida la revelación. Ya sabemos que el Evangelio es Cristo mismo, por quien llega a los hombres todos los bienes divinos (cf. DV 7). Pues bien, Él mandó a los Apóstoles predicar su Evangelio, y estos, fieles al mandato recibido, lo hicieron con su predicación, sus ejemplos de vida (testimonio) y sus instituciones. En definitiva, la vida que habían aprendido de Cristo y por el Espíritu recibieron, ellos mismos la transmitieron en el ejercicio de su misión apostólica en medio de la comunidad convocada por la fe. De esto dan cuenta, los sumarios del libro de los Hechos. En ellos se relata que, tras la predicación de Pentecostés, muchos aceptaron las palabras de los apóstoles, se hicieron bautizar y fueron agregados a la comunidad (cf. Hch 2,41). Es en la comunidad, perseverando en la enseñanza de los apóstoles, viviendo la comunión –teniendo un solo corazón, una sola alma y compartiendo los bienes–, participando en la fracción del pan y orando en común, como la fe se propagaba, hasta el punto de que día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando (cf. Hch 2,42-47; 4,32-37; 5,12-16).

En realidad, es gracias a *la interacción entre los apóstoles y las comunidades por ellos fundadas* que la vida de Cristo se transmite al tiempo que es acogida²⁴. Aquí, nuevamente, se da la necesaria correspondencia entre la

23 SCHÖKEL, “El dinamismo de la Tradición”, 278.

24 Cf. A. ANTÓN, “La comunidad creyente, portadora de la revelación”, en: SCHÖKEL, *Comentarios a la constitución Dei Verbum*, 311-364, aquí 330-333. Para lo que decimos es significativa la siguiente afirmación del autor: “Si es una tentación constante –a

realidad objetiva de la revelación vivificada por el Espíritu –esta vez en el testimonio global de los apóstoles– y la acogida subjetiva que procura la fe de la comunidad alentada por el mismo Espíritu. Si se afirma que los apóstoles son los testigos autorizados por el mismo Cristo y sostenidos por su Espíritu, también es preciso afirmar que su testimonio está sujeto, en cierto modo, a las condiciones socioculturales y religiosas de las comunidades que reúnen en torno suyo y a su acogida por la fe. De este modo, bajo la gracia del Espíritu, el testimonio apostólico garantiza la vinculación permanente al acontecimiento de salvación acaecido, de una vez para siempre, en Jesús de Nazaret; pero su acogida en la gracia de la fe por parte de la comunidad revela que dicho testimonio está cargado de vida –vida que procede del mismo Cristo–, la cual se actualiza y permanece a lo largo del tiempo en las condiciones históricas y existenciales de los creyentes.

Sobre esta base se comprende el cierto paralelismo que *Dei Verbum* establece entre la transmisión que los apóstoles hacen de la revelación a la comunidad y la que la Iglesia postapostólica realiza en el curso de los tiempos²⁵. Si de los apóstoles dice que “con su predicación, sus ejemplos y sus instituciones” hicieron esta transmisión (cf. DV 7), en referencia a la Iglesia afirma que “con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree” (cf. DV 8). De este modo, la Palabra de Dios, que es Jesucristo, permanece viva en la Iglesia y el Pueblo de Dios la trasmite por su forma sacramental de vida y en diálogo con las condiciones histórico-culturales que marcan a los pueblos entre los que camina y está llamado a evangelizar. Volveremos sobre este punto más adelante.

la que no pocas veces ha cedido la eclesiología– el colocar a los apóstoles *fuera y encima* de la comunidad como fundadores y promotores de la misma; en realidad, en una eclesiología más armónica de las estructuras comunes y específicas de la comunidad eclesial ha de prevalecer el considerar a los apóstoles como miembros incorporados a ella y gobernándola *desde dentro*, si bien su incorporación, en el caso de los apóstoles, posee un carácter verdaderamente *fundamental* y exclusivo en la Iglesia” (331-332).

25 Cf. *Ibid.*, 344.

2. LA TRADICIÓN REGULADA POR LA ESCRITURA Y BAJO EL SERVICIO DE LA SUCESIÓN APOSTÓLICA

Hasta este momento, hemos empleado un concepto impreciso e incluso ambiguo de Tradición que, por lo demás, deriva de la misma exposición de *Dei Verbum*²⁶. Nuestra intención ha sido la de subrayar la continuidad que existe en “el gran arco de la transmisión”. Hemos querido evidenciar cómo la presencia de Jesucristo y su gracia se actualiza en el testimonio de los apóstoles y continúa a lo largo de los siglos en la vida de la Iglesia. No obstante, es el momento de hacer distinciones en ese arco de la Tradición e indicar los elementos esenciales que, de diverso modo, dan garantías de que lo que se transmite es en verdad la Palabra de Dios, esto es, el acontecimiento salvador acaecido en Jesucristo.

Para avanzar en nuestra reflexión, partimos de dos números del *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica* que ayudan a clarificar lo que venimos exponiendo:

La Tradición Apostólica es la transmisión del mensaje de Cristo llevada a cabo, desde los comienzos del cristianismo, por la predicación, el testimonio, las instituciones, el culto y los escritos inspirados. Los Apóstoles transmitieron a sus sucesores, los obispos y, a través de éstos, a todas las generaciones hasta el fin de los tiempos todo lo que habían recibido de Cristo y aprendido del Espíritu Santo (*Compendio*, 12).

La Tradición Apostólica se realiza de dos modos: con la transmisión viva de la Palabra de Dios (también llamada simplemente Tradición) y con la Sagrada Escritura, que es el mismo anuncio de la salvación puesto por escrito (*Compendio*, 13).

Estos textos introducen una terminología que aclara nuestra exposición. *Dei Verbum*, al referirse a los tiempos apostólicos, habla de “predicación apostólica” y de “transmisión del Evangelio”, pero no menciona la Tradición apostólica (cf. DV 7-8). No obstante, esta expresión la emplea más adelante

26 Cf. I. CARBAJOSA, “La articulación de Tradición y Escritura. La aportación de la *Dei Verbum*, aporías modernas y vías de solución”, en: DEL AGUA PÉREZ, *Revelación, Tradición y Escritura. A los cincuenta años de la Dei Verbum*, 183-207, aquí 187-189.

para indicar todo lo que los apóstoles transmitieron y –con la ayuda del Espíritu Santo– ha de ir progresando en la conciencia y vida de la Iglesia hasta alcanzar la plenitud de la verdad (cf. DV 8). En este punto, los textos citados arrojan mayor claridad.

Por “Tradición Apostólica”, el *Compendio* entiende el testimonio de los Apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes²⁷. Esta Tradición –llamemos “fontal”– es, en primera instancia, “todo lo que habían recibido de Cristo y aprendido del Espíritu Santo” y constituye para la Iglesia de todos las épocas el fundamento y referencia permanente, ya que es el eslabón primero e imprescindible que la une con el acontecimiento salvador. El Pueblo de Dios está llamado a permanecer fiel a este testimonio apostólico “hasta que se cumplan en él plenamente las palabras de Dios” (cf. DV 8b). Ahora bien, esta Tradición Apostólica permanece y “se realiza” a lo largo del tiempo de dos modos: por la transmisión viva del Palabra de Dios y por la Sagrada Escritura. A esa transmisión viva, el *Compendio* hace notar que es la “llamada simplemente Tradición” (nº 13). Por otra parte, ya en el número anterior había indicado que los sucesores de los apóstoles, los obispos, son los depositarios de esta Tradición. Avanzamos en nuestra reflexión profundizando en cada uno de estos elementos y poniéndolos en relación.

a. La Tradición viva

Al comprender el Misterio cristiano como una realidad viva, resulta imposible que su transmisión pueda reducirse a una mera conservación. Ciertamente, lo que se ha de transmitir a lo largo de los tiempos es el acontecimiento único de Jesucristo, al cual solo se tiene acceso por el testimonio de los apóstoles. De aquí brota el *imperativo de fidelidad al origen* que pesa sobre la Iglesia peregrina hasta el día en que llegue a ver a Dios cara a cara (cf. DV 7b). Pero entre el origen y su fin escatológico, la Palabra divina se ha de transmitir a cada generación como la fuente de vida que es. Esto pasa por que el Pueblo de Dios²⁸, unido a sus pastores, *profundicen en ella*, reconozca su actualidad y desentrañe, en las condiciones históricas que le toque vivir, su fuerza salvadora.

27 S. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental* (Salamanca 2002) 586-627.

28 J. RATZINGER, *Iglesia. Signo entre los pueblos*. Obras completas VIII/1 (Madrid 2015) 3-65; S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Salamanca 2007) 149-174; G. RICHI, *Una débil criatura lleva a Dios. Vademécum*

De este modo, la Tradición viva –o la llamada simplemente Tradición– siempre se mueve entre dos polos que, lejos de oponerse, crean una sinergia por la cual la Iglesia sirve la actualidad del acontecimiento revelador. Por un lado, la Iglesia ha de *conservar fielmente* la Tradición apostólica; por el otro, en diálogo con los condicionantes históricos que atraviesa, *ha de progresar* en su acogida, experiencia y comprensión para poder anunciar el Evangelio de Jesucristo a sus contemporáneos como fuente de vida y salvación²⁹. La constitución *Dei Verbum* esboza de qué modo la Iglesia avanza en este progreso:

Esta Tradición apostólica va creciendo (*proficit*) en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. Lc 2,19.15), y cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad (DV 8b).

De aquí se deduce que todo el Pueblo de Dios, unido a sus pastores, está implicado en la transmisión de la Revelación y lo realiza bajo la asistencia del Espíritu Santo. En realidad, el acontecimiento de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, perdura en el tiempo, porque el Espíritu de Cristo actualiza la Palabra de Dios en la vida de los miembros del Cuerpo eclesial (cf. LG 7.13). En efecto, todos los fieles cristianos están implicados, no para generar algo nuevo, sino para crecer en la experiencia y comprensión de la vida que han heredado de los apóstoles y procede del mismo Jesucristo. Por esta razón, fiel al acontecimiento recibido, el Pueblo de Dios no lo contempla ni estudia como algo externo; sino que, al acogerlo y participar de él en su propia vida y *en virtud de la gracia de la fe*, comprende internamente los misterios de los que vive y así puede extraer los tesoros que están encerrados en Cristo (cf. Col 2,2-3)³⁰.

En este proceso, la historia es determinante. En efecto, los diversos contextos culturales, los hechos históricos y las circunstancias que envuelven

de ecclesiology (Madrid 2020) 87-100.

29 SCHÖKEL, "El dinamismo de la Tradición", 288-302. Una magnífica síntesis cf. Á. CORDOVILLA PÉREZ, "Haced esto en memoria mía" (1 Cor 11,24). La memoria en la Escritura y la Tradición en la Iglesia": *Sal Terrae* 108 (2020) 103-116.

30 El *Compendio* cifra en "el sentido sobrenatural de la fe" la capacidad que tiene el Pueblo de Dios para profundizar en la herencia recibida por los apóstoles, cf. nº 15. Esta afirmación conviene contemplarla a la luz de LG 12 y profundizarla con la lectura del documento COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El "sensus fidei" en la vida de la Iglesia* (Madrid 2014).

al Pueblo de Dios en su peregrinar entre los pueblos de la tierra no solo son estímulo para mejor penetrar en el misterio que porta; sino que, dado que en ellos actúa el Espíritu del Resucitado de forma preveniente, también son la oportunidad para poder asimilar dimensiones del acontecimiento salvador que permanecían en la penumbra cuando no estaban olvidadas en la memoria y experiencia eclesial (cf. GS 44; DC 23)³¹. Por lo que decimos, comprendemos que la Tradición es la realización del ser histórico de la Iglesia. Porque se refiere siempre a un principio y a un fin y es la condición para que la Palabra acaecida en Jesucristo atraviese la historia y la impulse hacia su meta; hasta que todo sea recapitulado en Cristo, Él haga entrega de todo al Padre y así Dios sea todo en todo (cf. Ef 1,9-10; 1 Co 15,20-28)³².

b. La Escritura testimonio inspirado y escrito del acontecimiento cristiano

Las Escrituras son el testimonio esencial de la revelación, pero la revelación es algo vivo, más grande, que para que sea tal, debe llegar a su destino y debe ser percibida; si no, no se produciría “revelación”³³.

Estas palabras, del entonces cardenal Ratzinger, inciden sobre los argumentos que hemos desarrollado y, de algún modo, justifican la atención que hemos concedido a la Tradición de la Iglesia hasta el momento. Dicho esto, es preciso levantar acta de que el dinamismo vital por el que el acontecimiento cristiano se actualiza a lo largo del tiempo no sería tal ni se vería garantizado sin el “*testimonio esencial de la revelación*” que son las Escrituras. En efecto, la Sagrada Escritura es el testimonio inspirado y escrito de la Palabra divina que, en el discurrir de la Sagrada Tradición, permanentemente ilumina, purifica y revitaliza la transmisión de la salvación acontecida en Jesucristo. Su primacía en la transmisión de la revelación radica en que, nacida de la Tradición apostólica, es el testimonio inspirado por el Espíritu del acontecimiento original de Jesucristo y, por tanto, ancla de su transmisión en el origen. Por esta razón,

31 Cf. G. URIBARRI BILBAO, *Teología de ojos abiertos. Doctrina, cultura y evangelización* (Cantabria 2018) 17-53; también Bozzolo, “La evangelización: las dimensiones constitutivas de la misión eclesial”, 45-49.

32 Cf. SCHÖKEL, “El dinamismo de la Tradición”, 300-302.

33 J. RATZINGER, *Mi vida* (Madrid 1997) 124s, citado en: Bozzolo, “La evangelización: las dimensiones constitutivas de la misión eclesial”, 43.

“desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (DV 25) y su conocimiento y lectura orante, por parte del Pueblo de Dios, garantiza que la vida que transmite sea, en verdad, la vida lograda por Cristo en su Pascua. Comprendamos, de la mano de *Dei Verbum*, porqué *a la Escritura le corresponde una relevancia singular en la transmisión del acontecimiento cristiano*³⁴.

Los apóstoles no solo transmitieron su testimonio del acontecimiento salvador al entregarlo a la Iglesia, por medio de sus sucesores; sino ya, en su propia vida, ellos y “otros de su generación, pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo” (DV 7). Esta afirmación manifiesta el motivo por el cual la Escritura es un testimonio privilegiado del Misterio de Cristo. En efecto, la Sagrada Escritura no solo es el testimonio escrito –y por tanto fijado permanentemente– de los que acompañaron a Jesús y son testigos de su resurrección (cf. Hch 1,21-22). Sus textos sagrados no solo se remontan al momento originario, a ese tiempo del que brota el flujo de la Tradición y al cual siempre se debe permanecer fiel. *Su valía extraordinaria radica en la inspiración del Espíritu Santo* (cf VD 19a). La Escritura es, ante todo, el testimonio que el Espíritu da del acontecimiento de Cristo a través de los autores que Él mismo ha inspirado (cf. DV 11). Por esta razón, “la Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DV 9) y puede afirmarse que “tiene a Dios como autor, y como tales han sido confiada a la Iglesia” (DV 11)³⁵.

Así, *toda la Iglesia está bajo la autoridad de la Escritura*; pues ella, no solo por el testimonio apostólico sino ante todo por la autoría del Espíritu, constituye el canon, es decir la norma y criterio de su vida y misión. La vida de la Iglesia crece y se fortalece por el estudio de los textos sagrados, pero sobre todo a través de su lectura orante, ya que es el modo de mantener viva la relación con Dios, escuchar sus palabras y disponerse a acoger la vida que Cristo por su Espíritu infunde en su Iglesia (cf. DV 25)³⁶. En pocas palabras, la Iglesia recibe la vida de Cristo a través de la acogida en la fe del testimonio

34 Cf. KASPER, *Evangelio y dogma*, 221-365.

35 Ilumina la siguiente afirmación del cardenal Kasper: “a la Escritura le corresponde una relevancia especial y singular. Únicamente ella es palabra de Dios *inspirada* por el Espíritu divino, mientras que la tradición y el magisterio no pueden sino atestiguarla bajo la *asistencia* del Espíritu Santo (cf. DV 8a y 11). De ahí que toda la doctrina y vida eclesial haya de guiarse por la Escritura” (cf. DV 21 y 24s)” (*Ibid.*, 463, cursiva nuestra).

36 M. MASINI, *La Lectio divina. Teología, espiritualidad, método* (BAC, Madrid 2001); F. CONTRERAS MOLINA, *Leer la Biblia como Palabra de Dios. Claves teológico-pastorales de la lectio divina en la Iglesia* (Verbo divino, Estella 2009); también, N. CALDUCH-

de la Escritura Santa, pues en ella está latente la gracia del Espíritu que, de un modo especial, se hará efectiva en la celebración sacramental de la Iglesia.

Dicho esto, y sobre las afirmaciones de *Dei Verbum*, es preciso *contemplar la circumincesión que existe entre la Tradición y la Escritura*. En efecto, ambas “están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin” (DV 9; VD 18b). Esto quiere decir que su fuente común es la revelación de Jesucristo, que ambas se unen en la corriente de la vida de fe del Pueblo de Dios y que comparten el objetivo de hacer que todo el misterio de Jesucristo sea actual y dinámico en la Iglesia (cf. DC 25). En definitiva, no puede pensarse la vida y misión eclesial sin la luz y gracia que proviene de la palabra de Dios escrita; pero esta solo entrega el acontecimiento salvífico en la medida en que –en el seno maternal de la Iglesia– vuelve a tomar carne en los discípulos de Cristo y se proyecta como testimonio vivo y luminoso en la misión evangelizadora que cumplen (cf. VD 97b)³⁷.

c. El Magisterio como servicio de fidelidad

Nuestra exposición ha subrayado la implicación de todo el Pueblo de Dios en la transmisión del acontecimiento de la fe. Esta opción radica en el hecho de que si la misión evangelizadora de la Iglesia es la mejor expresión de la economía de la Revelación y es la que hace concreta la presencia perenne de Cristo a lo largo de la historia (cf. DC 29), es preciso considerar a todos los bautizados, “discípulos misioneros” –en términos del papa Francisco–, como responsables y testigos de la Palabra por la que ha acontecido la salvación³⁸. Sin embargo, en el seno del Pueblo de Dios –y no al margen de él– es preciso contemplar la función esencial que poseen los sucesores de los apóstoles, los

BENAGES, “La lectura orante o creyente de la Sagrada Escritura (*lectio divina*)”, en: J. J. FERNÁNDEZ SANGRADOR – J. A. MAYORAL (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia* (BAC, Madrid 2015) 469-499

37 Sobre este punto cf. J. C. CARVAJAL BLANCO, *Evangelización e iniciación cristiana* (Madrid 2023) 202-209.

38 “La presencia de la revelación en la comunidad creyente y su transmisión viva a lo largo de su peregrinaje histórico constituye *la misión* del ‘pueblo cristiano entero, unido a sus pastores’ (DV 10). Todas las categorías de personas dentro de la comunidad eclesial, en el puesto y grado de responsabilidad propios, contribuyen activamente a la transmisión del mensaje revelado de la salvación” (ANTÓN, “La comunidad creyente, portadora de la revelación”, 315). Por lo demás, el autor desarrolla esta afirmación en *Ibid.*, 311-318.

obispos, respecto a la fidelidad al origen y, también, como estímulo y orientación en el proceso de actualización de la revelación.

Ya hemos dicho que es voluntad divina que todo lo que Dios ha revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro y sea transmitido por todas las edades. Al servicio de este proceso de fidelidad al origen y de actualización en el tiempo está el Magisterio de los obispos. De este modo, el Magisterio es una *función de salvaguardia y garantía* que el propio Dios entrega a su Iglesia. Dos afirmaciones de *Dei Verbum* nos ayudan a comprender el alcance de los que decimos:

Para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores a los obispos dejándoles su cargo en el magisterio (DV 7).

El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino, y con la asistencia del Espíritu Santo (DV 10).

La conjunción de estos textos manifiesta que, si bien, a lo largo del dinamismo histórico de la Iglesia, los obispos son los sucesores de los apóstoles; en realidad, esta sucesión no tiene un carácter meramente funcional. *El servicio magisterial de los obispos forma parte del designio divino*, pues lo ejercen “por mandato divino” (cf. ChD 2b)³⁹. Por esto, *Dei Verbum* hace notar que su autoridad les viene de “la asistencia del Espíritu Santo”, la cual garantiza que su enseñanza –que no está por encima de la Palabra de Dios ni la sustituye– se ajusta a lo “puramente transmitido” y es garantía de vinculación al origen para toda la Iglesia.

No obstante, a la luz de estas afirmaciones, también debemos comprender el carácter histórico del Magisterio. Los obispos, aunque por su consagración episcopal y su pertenencia al Colegio episcopal presidido por el sucesor de Pedro, participan de la solicitud por todas las Iglesias (cf. CD 6); en realidad poseen una especial responsabilidad en las diócesis que les ha sido encomendadas (cf. CD 8). Es en medio de esa porción del Pueblo de Dios (cf. CD 11) que cumplen su oficio de enseñanza y ejercicio magisterial

39 CARBAJOSA, “La articulación de Tradición y Escritura”, 202-204, especialmente 204.

(cf. CD 12). Por esta razón, su misión no es solo de custodia, sino también de orientación y estímulo para que la Palabra que es Jesucristo se actualice y sea comprensible en las condiciones socioculturales e históricas en las que se desenvuelve la misión de su Iglesia particular⁴⁰.

En efecto, el oficio del obispo no se ejerce en abstracto. Su carisma de la verdad, lo ejerce en el peregrinaje de su diócesis –“con la que forma una sola cosa” (AG 38b)–, la cual preside en la caridad. Es en medio de su Pueblo, participando de sus inquietudes y resistencias, de sus luchas y fracasos, de sus retos y deserciones..., que ejerce su servicio magisterial. Aun asistido por el Espíritu, el obispo no está exento de escuchar devotamente, custodiar celosamente, explicar fielmente lo transmitido por la Tradición y la Escritura; de tal modo que, de este único depósito de la fe, pueda sacar lo que en un momento histórico convenga y lo proponga como luz y estímulo a la fe del Pueblo que cumple la misión del Evangelio en sus circunstancias históricas (cf. DV 10b; cf. CD 12-14).

3. LA DINÁMICA SACRAMENTAL DE LA *TRADITIO EVANGELII*

Nuestra lectura de los capítulos I y II de la constitución *Dei Verbum* ha tenido como intención y *leitmotiv* mostrar la permanencia del acontecimiento revelador en la vida de la Iglesia. En efecto, la presencia de Jesucristo y su obra salvadora es viva y actual en la vida y misión eclesial en virtud de la acción de su Espíritu. Esta Persona divina enviada por el Padre y el Hijo desde el seno de la Trinidad opera en *la estructura sacramental* que, “según el plan prudente de Dios”, componen, “cada una según su carácter”, la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y la salvaguarda del oficio del Magisterio (cf. DV 10c)⁴¹. La Iglesia, en ningún caso, transmite la Palabra reveladora como posesión suya; antes bien, es el Misterio acontecido en Jesucristo y siempre acogido en la fe el que toma posesión de ella hasta el punto de convertirla en “sacramento o signo e instrumento” del mismo (cf. LG 1.9.48; SC 5; GS 42.45; AG 1.5)⁴².

40 Cf. KASPER, *Evangelio y dogma*, 761-763.

41 Cf. J. M^o PRADES LÓPEZ, “‘Y el Verbo se hizo carne...’ Naturaleza sacramental de la revelación cristiana”, en: FERNANDEZ SANGRADOR – MAYORAL (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia*, 469-499.

42 Sobre la índole sacramental de la economía de la salvación cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La reciprocidad entre fe y sacramentos en la economía sacramental “sensus fidei”* (Madrid 2020), en especial nn. 15-79.

a. A las fuentes de la estructura sacramental de la Iglesia

La vida eclesial, y aun la del cristiano, está atravesada por una lógica sacramental, que procede del propio acontecimiento de Cristo y está al servicio de su actualidad⁴³. A este respecto, resulta muy iluminador el número 8 de *Lumen Gentium*; que al referirse a la Iglesia como una realidad visible y al tiempo espiritual, la pone en relación con el misterio del Verbo encarnado. Reproducimos sus palabras:

La Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano. Por eso, a causa de esta analogía nada despreciable, es semejante al misterio del Verbo encarnado. En efecto, así como la naturaleza humana asumida está al servicio del Verbo divino como órgano vivo de salvación que le está indisolublemente unido, de la misma manera el órgano social de la Iglesia está al servicio del Espíritu de Cristo, que le da vida para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4,16).

Ciertamente, la relación existente entre el Espíritu de Cristo y el órgano social de la Iglesia no puede ser contemplada como una continuación de la encarnación, por eso se habla de analogía; no obstante, el texto afirma una cierta correspondencia –“de la misma manera”– que confirma la unión profunda entre lo humano y lo divino. En el caso de la encarnación, “la naturaleza humana *asumida* está al servicio del Verbo divino”; en lo que se refiere al órgano social de la Iglesia se indica que está *vivificada* por el Espíritu –“*le da vida* para que el cuerpo crezca–. De este modo, *Lumen Gentium* mantiene que el misterio del Espíritu es necesario para la comprensión del misterio eclesial y es ilustrado desde el misterio de Cristo; pero subraya que la estructura social de la Iglesia solamente tiene razón de ser desde el Espíritu que se vale de ella para hacer presente a Cristo⁴⁴. Esto tiene una importancia fundamental, pues es en virtud de la actividad del Espíritu que puede decirse que la Iglesia

43 Y. CONGAR, *Un pueblo mesiánico: la Iglesia, sacramento de salvación* (Madrid 1976) 15-119; PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 175-210; RICHI, *Una débil criatura lleva a Dios*, 73-86.

44 Cf. PIÉ-NINOT, *La Teología fundamental*, 293-294.

es sacramento y su vida y misión actualiza de un modo eficaz lo acontecido en el Misterio de Cristo.

La transmisión de la revelación en la Iglesia por parte del Espíritu es “*para que el cuerpo crezca*” (LG 8a). En efecto, en virtud de su carácter sacramental, la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene una especial eficacia en orden a reunir al nuevo Pueblo de Dios. El mandato misionero, según san Mateo, se articula por la administración del bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y por la enseñanza de todo lo que Jesús ha mandado guardar. La eficacia de esta actividad está garantizada por que el Resucitado, que ha recibido todo poder, está con sus discípulos hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,18-20). “El Señor es el Espíritu” (2 Co 3,17) y acompaña a su Iglesia. De este modo, el Pueblo de Dios, en el discurrir de los tiempos, está conectado con el acontecimiento de Jesucristo no solo por una cadena de testimonio garantizada por la sucesión apostólica; sino ante todo porque ese acontecimiento salvífico se actualiza por la proclamación de la Palabra evangélica que convoca a la fe y por la economía sacramental que actualiza los misterios de Cristo (cf. SC 6). Dos textos conciliares nos ayudan a manifestar esta conexión:

A otras edades no fue revelado este misterio como lo ha revelado ahora el Espíritu Santo a los Apóstoles y Profetas (cf. Ef 3,4-6 gr.) para que prediquen el Evangelio, susciten la fe en Jesús Mesías y Señor y congreguen la Iglesia (DV 17).

Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia (SC 5c).

En efecto, la comunidad eclesial se reúne al conceder la fe a la predicación apostólica que ahora la alcanza por la palabra divina de la Sagrada Escritura, y se constituye en Esposa de Cristo por la recepción de los sacramentos que brotan del costado de Cristo, dormido en la cruz. De este modo, al ser la Esposa de Cristo es, a un tiempo, su Cuerpo y el seno maternal y fecundo en el que, por la gracia del Espíritu, engendra como hijos de Dios a todos los que por la proclamación de la Palabra creen que Jesús es el Mesías y Señor.

Nuevamente, son significativas las palabras ya citadas de *Dei Verbum*: “la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las

edades lo que es y lo que cree” (DV 8a). Al transmitir la vida que ella recibe de su Esposo y Señor –y le es propia–, “los medios que la Iglesia tiene para evangelizar no son otros que aquellos de los que alimenta su fe”⁴⁵. Es por medio de ellos –por su recepción y transmisión bajo la gracia del Espíritu Santo– que *el Pueblo de Dios revela la permanente contemporaneidad de Jesucristo* y el poder de transformación que tiene en aquellos que lo acogen en la fe. Cristo es el “Evangelio eterno” (Ap. 14,6) y es “el mismo ayer y hoy y siempre” (Hb 13,8). Es siempre joven y fuente constante de novedad. Él puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad (cf. EG 11). Quien se encuentra con el amor de Dios manifestado por Cristo en su Cuerpo eclesial llega a ser plenamente humano porque llega a ser más que humano, ya que permite a Dios realizar en él su ser más verdadero (cf. EG 8).

b. La forma sacramental de la misión

La Iglesia, reunida en torno a Cristo, constituye el Pueblo de Dios. El Espíritu Santo es el principio de esa unión y de la misión evangelizadora que tiene encomendada. En realidad, ninguno miembro de ese Pueblo se integra por sí mismo a la comunión eclesial, tampoco se da la capacidad para cumplir, en la parte que le corresponde, con la misión recibida. La pertenencia a la Iglesia y la participación en su misión, aunque posee un carácter subjetivo – requiere la acogida personal–; sin embargo, tiene su condición de posibilidad en *la objetividad de un don recibido que identifica con Jesucristo* y, de modo diverso, procura su representación sacramental:

Los que creen en Cristo, al nacer de nuevo de la palabra de Dios vivo, no de una semilla mortal, sino inmortal (cf. 1 Pe 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3,5-6), constituyen *un linaje, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios; y los que antes no eran ni siquiera pueblo, ahora, en cambio, son pueblo* (1 Pe 2,9-10) (LG 9a).

Por la fe en la Palabra y la recepción de los sacramentos de Iniciación, los cristianos mueren a sí mismos y por la gracia del Espíritu son *transforma-*

45 Bozzolo, “La evangelización: las dimensiones constitutivas de la misión eclesial”, 48.

dos a semejanza de su Señor (cf. VD 50). Aquí se halla el fundamento de la representación que cada comunidad eclesial –y también cada cristiano– hace de Cristo en medio del mundo. En efecto, desde la pila bautismal y por la unción del Santo Crisma, todo cristiano es configurado con Cristo y participa de su triple oficio: sacerdotal, profético y real (cf. LG 31a; AA 2; CCE 783; ChL 14)⁴⁶. Aquí *identidad y misión van íntimamente unidas*: el cristiano tiene la encomienda de llevar adelante la triple misión de Cristo porque está identificado sacramentalmente con Él. Y, a su vez, su configuración con Cristo es la que le capacita para realizar la misión que ha recibido en el seno del Pueblo de Dios (cf. VD 91)⁴⁷.

Ciertamente, la acción evangelizadora exige de cada creyente capacitación y esfuerzo, dedicación y entrega. No obstante, este trabajo sería estéril si, a través de la escucha orante de la Palabra, no desarrolla una acogida y fidelidad al don recibido, el único que capacita a los discípulos de Cristo para continuar con la misión de su Maestro y Señor. En esta trama sacramental, *el sacramento de la Eucaristía* posee una extraordinaria relevancia y centralidad, ella como corazón de la vida litúrgica de la Iglesia es la fuente de donde mana la vida de la Iglesia y en donde halla su consumación (cf. SC 10). La celebración eucarística actualiza el Misterio pascual y, en ella, Cristo se ofrece como alimento, no para que sus discípulos lo asimilen, sino, justamente, para asimilarlos Él a ellos⁴⁸ y los convierta en verdaderos apóstoles, representantes de su presencia y colaboradores de su misión evangelizadora. Las Eucaristías son “la fuente y la cumbre de toda evangelización” (PO 5b).

46 J. ALFARO, “Las funciones salvíficas de Cristo como Revelador, Señor y Sacerdote”, en: FEINER – LÖHRER, *Mysterium Salutis*, Vol. III, T. I, 671-755.

47 Cf. CARVAJAL BLANCO, *Evangelización e iniciación cristiana*, 155-157. Para ampliar lo que exponemos ver los diversos artículos de la revista *Teología y Catequesis* 145 (2019), número monográfico que lleva por título: *Laicos, al servicio de la misión eclesial*.

48 “Soy el manjar de los grandes: crece, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí” (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 10, 16: PL 32, 742). El realismo de esta transformación es tal que en otro lugar dirá el santo de Hipona: “no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo” (*In Iohannis Evangelium Tractatus*, 21, 8: PL 35, 1568).

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN

Llegamos al final de nuestra exposición. De la mano de la constitución *Dei Verbum* hemos contemplado el fundamento y desarrollo teologal de la actividad evangelizadora de la Iglesia. Este fundamento teologal es el que determina que *el estudio y la reflexión de la misión eclesial sea ante todo teología*. Lo es en la raíz de su reflexión: parte de la revelación de Dios en Jesucristo acogida en la fe de la Iglesia. Lo es en su contenido: contempla cómo se actualiza, por la acción del Espíritu, el acontecimiento cristiano en la vida del Pueblo de Dios. Y lo es en su finalidad: se ofrece como un servicio a la acogida de dicho acontecimiento en la fe de cada generación. En su origen, en su contenido y en su misma finalidad, la reflexión sobre la evangelización es teología porque el objeto de su estudio no deja de ser la acción graciosa por la que Dios se revela en su Hijo, Jesucristo, y por su Espíritu se comunica como salvación al hombre que la acoge movido por la gracia de la fe.

A continuación, para concluir nuestro estudio, vamos a indicar algunas tareas que hoy consideramos imprescindibles para la teología de la evangelización. Lo que vamos a decir, se desprenden de lo expuesto y en ello encuentra su marco de comprensión.

- *Tarea mistagógica*. La teología de la evangelización está llamada a contemplar la vida y misión de la Iglesia y reconocer en ella el misterio de Dios revelado en Jesucristo y actualizado por la acción siempre antecedente del Espíritu. La teología que tiene como objeto y está al servicio de la evangelización está obligada a desentrañar permanentemente la vigencia de la Palabra revelada y el poder revitalizador que tiene para la vida y misión de la Iglesia. Ha de esforzarse por contemplar los ministerios de la Palabra, de la Liturgia y de la Caridad como signos y mediaciones de la palabra de Cristo, de su sacerdocio ante la gloria del Padre y de su entrega de amor en favor de los hombres⁴⁹. También ha de discernir de qué modo el Espíritu actualiza el misterio de Cristo en su Cuerpo eclesial y

49 Es desde esta perspectiva que hemos desarrollado en nuestro manual la triple ministerialidad de la Iglesia; cf. CARVAJAL BLANCO, *Evangelización e iniciación cristiana*, 193-284.

prepara la misión evangelizadora de la Iglesia sembrando en el mundo las semillas de la Palabra.

- *Tarea kerigmática*⁵⁰. La teología de evangelización está llamada a ser eminentemente kerigmática⁵¹. Entendamos esta prioridad. Si la vida de la Iglesia y de sus miembros surge del encuentro con Jesucristo y todo su dispositivo misionero tiene como objetivo procurar que sus interlocutores, por la gracia de la fe, puedan encontrarse con Él, el anuncio del kerigma tiene una importancia capital. En efecto, “el *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (EG 164)⁵². En este sentido, la teología de la evangelización ha de recurrir permanentemente al kerigma como la luz que desvela el misterio que se va haciendo carne en la vida y misión de la Iglesia y juzga su verdad. Más aún, al articular todo en torno a lo que es nuclear en el Evangelio, podrá poner en evidencia y activar los elementos dinámicos de la evangelización que, al ser conectados con Cristo, revitalizarán la vida que transmite la Iglesia.
- *Tarea al servicio de la sinodalidad*. La teología de la evangelización, como cualquier otra disciplina teológica, tiene como objeto de estudio la Palabra revelada; sin embargo, ella reconoce como *lugar teológico eminente*⁵³ el proceso por el que el Pueblo de Dios la actualiza y la transmite en su peregrinar entre otros pueblos. De este modo, al considerar el protagonismo de todo el Pueblo de

50 FRANCISCO, “Constitución apostólica *Veritatis gaudium*” (8-XII-2017) (=VG): AAS 110 (2018) 4a: “El criterio prioritario y permanente es la contemplación y la introducción espiritual, intelectual y existencial en el corazón del *kerygma*, es decir, la siempre nueva y fascinante buena noticia del Evangelio de Jesús (cf. EG 164-165), ‘que se va haciendo carne cada vez más y mejor’ (EG 165) en la vida de la Iglesia y de la humanidad. Este es el misterio de la salvación del que la Iglesia es en Cristo signo e instrumento en medio de los hombres (cf. LG 1)”.

51 Sobre este punto remitimos a nuestro manual *Pastoral del primer anuncio* (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2022).

52 Hemos estudiado el contenido y articulación del kerigma en J. C. CARVAJAL BLANCO, “Primer anuncio y llamada a la conversión”, en: *Id.*, (dir.), *Emplazados para una nueva evangelización* (Ed. Universidad San Dámaso, Madrid 2013) 141-187, especialmente 148-167.

53 “El vasto y multiforme sistema de los estudios eclesiológicos ha florecido a lo largo de los siglos gracias a la sabiduría del Pueblo de Dios, que el Espíritu Santo guía a través del diálogo y discernimiento de los signos de los tiempos y de las diferentes expresiones culturales. Dicho sistema está unido estrechamente a la misión evangelizadora de la Iglesia y, más aún, brota de su misma identidad, que está consagrada totalmente a promover el crecimiento auténtico e integral de la familia humana hasta su plenitud definitiva en Dios” (VG 1c).

Dios, la teología de la evangelización está bajo el imperativo de la sinodalidad⁵⁴. Ella está llamada a observar la interacción de los diversos carismas, ministerios y servicios en la Iglesia; a comprender las tareas y competencias específicas de cada uno de ellos; y, en aras de la transmisión de la Palabra revelada, a orientar el modo en que todo el Pueblo de Dios debe servir sinodalmente el Evangelio⁵⁵.

- *Tarea al servicio de la inculturación*. La misión evangelizadora no puede ignorar que la cultura, junto con la naturaleza, es un componente esencial del proceso humanizador del ser humano (cf. GS 53a). Por esta razón, en palabras del papa Francisco, “el Evangelio también se anuncia a las culturas en su conjunto” (EG 133). Pues bien, esta labor de inculturación, por el que la Palabra revelada penetra en las raíces culturales de los pueblos hasta encarnarse en ellas, lo cumple la porción del Pueblo de Dios que camina y se constituye como tal en el ámbito cultural de origen. Aquí, todos los cristianos, en virtud del sentido sobrenatural de la fe (*sensus fidei*) que les ha otorgado el bautismo, están llamados a hacer su contribución particular. La teología de la evangelización debe estar atenta a este proceso de inculturación que sigue la Iglesia en cada territorio; pues al prestar atención a este proceso –con sus dificultades, aciertos y fracasos– encuentra un lugar propicio para, en una dinámica dialógica, hacer su propia contribución⁵⁶. Así, se ha de esforzar por escuchar, en la cultura de la gente, el eco (presagio, invocación, señal...) de la Palabra de Dios; discernir lo que hay de valor evangélico o al menos abierto a él; purificar lo que está bajo el signo del pecado (pasiones, estructuras del mal...) o de fragilidad humana; y promover actitudes de conversión al plan de Dios y de paciente maduración interior (cf. DC 398; EN 20).

54 S. MADRIGAL (ed.), *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. Texto y comentario del documento de la Comisión Teológica Internacional* (BAC, Madrid 2019); también RICHI, *Una débil criatura lleva a Dios*, 117-131.

55 Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La Sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia*, 49-53.

56 En este punto, son especialmente luminosas las palabras del papa Francisco: “Las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan. Todo esto nos ayuda a profundizar en el misterio de la Palabra de Dios, Palabra que exige y pide dialogar, entrar en comunicación” (VG 5e).